

cimiento (1). La sentencia que se le atribuye, de que era más necesario fortificar a Roma que adornarla con estatuas, puede ser una anécdota (2), pero caracteriza la situación política, que no era

(1) La guerra con España, la penuria del erario y el cuidado de la reforma eclesiástica, fueron las causas principales que impidieron a Paulo IV llevar adelante la tradicional protección, que los Papas dispensaron a las ciencias y a las artes. Ni para la universidad, ni para la biblioteca se hizo cosa especial. Un precioso evangelario griego fué destinado para S. Pedro (v. Castaldo, 71-72). Dedicatorias de escritos no son frecuentes, y conciernen por la mayor parte a tratados de materias eclesiásticas (cf. Lauchert, 617, 619, 629, 632). U. Folietae, *De phil. et iuris civilis inter se comparatione ad Paulum IV libri tres* se publicó Romae, 1555; sobre la dedicatoria de una obra de medicina v. Roth, Vesalio, 259. Para imprimir obras teológicas, dirigidas contra los luteranos, fué llamado a Roma Pablo Manucio (v. Rodocanachi, *Capitole*, 115 s.). Santoro (Giampaolo Flavio da Altovito, Pisa, 1907) trata de uno de los pocos humanistas favorecidos por Paulo IV. Sobre Casa, Barengo y otros humanistas que recibieron empleos de Paulo IV, v. arriba, p. 78 ss. Sobre Sirieto v. L. Latinius, *Lucubrat.* II, 45 s., 49; *Léxico eclesiástico* de Wetzer y Welte, XI², 360; Taccone-Gallucci, G. Sirieto, Roma, 1909. El filósofo B. Telesio poseía el favor de Paulo IV, como lo hace notar Ritter, *Historia de la Filosofía*, IX, 565. Por un breve de 31 de julio de 1559 aprobó Paulo IV la fundación deseada por Felipe II, de la Universidad de Douai (v. Lemán en la *Revista Les Questions ecclésiast.*, V, Lille, 1912, 43 ss.). Para empresas artísticas le faltaron a Paulo IV tiempo y dinero. Tenía en el corazón sobre todo la nueva construcción de S. Pedro, sobre la cual, como sobre las relaciones del Papa con Miguel Angel, trataré seguidamente en la historia de Pío IV. En el Vaticano, prescindiendo de algunas restauraciones y transformaciones de los aposentos, fué objeto de su actividad ante todas cosas la terminación de la Capilla Paulina (cf. el n.º 28 del apéndice) y el arreglo y disposición de su capilla privada del Belvedere; cf. sobre eso Ancel en la *Rev. Bénéd.*, XXV, 49 ss.; v. *ibid.*, 63 s. sobre el pabellón del jardín que se comenzó a construir por mayo de 1558 (cf. Friedländer, 2 s.), y sobre las demoliciones que amenazaban a la sala de Constantino; sobre éstas cf. también Massarelli, 325 y el **Avviso di Roma* de 13 de agosto de 1558 (*Biblioteca Vaticana*). Hoy en el Vaticano sólo una inscripción en la Sala Ducal recuerda a Paulo IV (v. Forcella, VI, 71). Entre los artistas que el Papa ocupó, se halla ante todos Pirro Ligorio, el arquitecto oficial del Papa, y además también Tadeo Zúchero y Guillermo della Porta (v. Ancel, loc. cit., 71). Para sus monedas y medallas empleó Paulo IV los mismos artistas que sus predecesores, aunque preséntanse también nuevos nombres (v. Plon, 394 s.; sobre las monedas Serafini, 246 s.). De un plan de Paulo IV no llevado al cabo da cuenta su **Motus proprius*, fechado el 30 de enero de 1556, per quem conceditur facultas rev. gubernatori alme Urbis conducendi unum palatium magnum sumptibus Cam. Ap., in quo omnes causae pro tempore decidantur et terminentur (Editti, I. *Archivo secreto pontificio*). El gobernador de Asís, Marcelo Tuto, hizo colocar en la Fontana Marcella el nombre y escudo de Paulo IV, aunque no hay testimonio alguno de haber sido esta obra, que aun se conserva, subvencionada por el Papa, cuyo escudo se ve también en las pinturas que hay en los cielorrasos del palacio de los gobernadores de Asís.

(2) Se puede esto inferir del hecho mismo de que Paulo IV precisamente

favorable a las artes. Añadiase a esto también otro motivo. Profundamente penetrado de la alteza de su posición y de la enormidad de los abusos que había en la Iglesia, veía Paulo IV que su principal incumbencia consistía en restablecer lo que la corrupción moral del tiempo del Renacimiento y la furiosa tempestad de la escisión religiosa habían quebrantado o deshecho. Lo que en medio del aseglaramiento de los Papas Médicis había él procurado conseguir con sólo algunos pocos escogidos, lo creía poder realizar en grande una vez elevado a la silla de S. Pedro. Exasperado por el largo aguardar e impaciente por naturaleza, en seguida después de su elevación se aplicó a la gran obra con el ardiente celo que le era propio. Parecía llegado el Papa reformador, a quien todo el mundo esperaba, después de la actividad que hasta entonces había desplegado Carafa. Con todo, si su pontificado sólo en parte correspondió a tan intensas esperanzas y hasta muchas veces lisa y llanamente las defraudó, esto fué sobre todo consecuencia de las debilidades que oscurecieron demasiado frecuentemente los méritos y grandes cualidades de Paulo IV.

Verdadero meridional, en quien el pensamiento se convierte al punto en palabras, se dejaba llevar por las excitaciones del momento a expresiones que serían increíbles, si no estuviesen atestiguadas con entera exclusión de todo reparo sobre su autenticidad. Pero a las palabras correspondían también asimismo hechos precipitados. En todas ocasiones se mostraba, que faltaban a Paulo IV así conocimiento del mundo y de los hombres como moderación y prudencia, que hubiesen sido doblemente necesarios en un tiempo de transición y de efervescencia. Por efecto de su naturaleza colérica, propendía siempre a llevar las cosas al último extremo. De su impetuoso proceder, que nos recuerda muchas veces a su paisano, el desgraciado Urbano VI, sopla como una ardiente ráfaga de lava que todo lo derrite. Sin reflexionar qué consecuencias habían de resultar de un rompimiento con España, la primera gran potencia católica, para su actividad religiosa y reformadora, se arrojó Paulo IV a una lucha contra el monarca más poderoso del mundo, que terminó de modo lastimoso, perjudicó profundamente a Roma y a los Estados Pontificios, retardó la ejecución de la reforma y causó vivísimo gozo a los enemigos de la Iglesia y a sus ami-

en los trabajos que hizo en el castillo de Santángelo, cuidó de adornar también con estatuas dicho castillo; v. Rodocanachi, *St. Ange*, 157.

gos profundo dolor. Sentimientos semejantes provocó la contienda con Fernando I, en la cual luchó Paulo IV por ideales cuya realización se había hecho imposible (1). Mientras el Papa trataba a los cardenales con inusitada aspereza y desestima (2), se fiaba ciegamente de su sobrino Carlos Carafa, tan astuto como desalmado, cuyo impulso condujo a la suprema Cabeza de la Iglesia, en todos respectos, a una posición torcida e irregular. El engañado y cegado llegó demasiado tarde a conocer a qué hombre tan indigno había otorgado su favor y su confianza. La terrible severidad que ahora desplegó, no fué en sí de modo alguno reprehensible; pero en esto no tuvo cuenta Paulo IV con la circunstancia, de que fué él quien había engrandecido a los nepotes y los había dejado mandar y disponer sin inspeccionar su conducta (3). Si antes fué desmedida su confianza, ahora lo era su rigor, que hirió aun a inocentes (4). El resto del pontificado perteneció de nuevo únicamente a aquella actividad que había ocupado la vida anterior de Carafa: es a saber, la reforma y la Inquisición. Pero también en esto procedió muchas veces de suerte, que sus exageraciones pusieron en peligro el feliz éxito de lo que pretendía conseguir. Su sucesor tuvo que suavizar el procedimiento de la Inquisición, como asimismo muchos de los decretos de reforma. El prudente Pío IV fué también quien restableció las relaciones diplomáticas con las potencias, que habían sido rotas en tiempo de su predecesor (5).

Con todo eso, a pesar de todos los desaciertos y errores, el pontificado de Paulo IV señala un importante jalón en la historia de la reforma católica, cuya victoria preparó (6). Francamente y

(1) Un juicio muy severo sobre la lucha de Paulo IV contra España y los Habsburgos católicos dió ya Hosio (Epist., II, 667) y más tarde Pallavicini (14, 9, 5). V. también Dembinski, Rzym, 13 s.; cf. 103, 141.

(2) De la inobservancia de la capitulación electoral hace derivar todos los lados sombríos del pontificado de Paulo IV, la *memoria del cardenal du Bellay, compuesta en octubre de 1559 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. Fuentes e investigaciones del Instituto Prusiano, XII, 226.

(3) Esto lo pone de realce con razón Ancel (*Disgrâce*, 179).

(4) Esto lo concede también *A. Ricchi; v. el n.º 60 del apéndice.

(5) V. Biaudet, 24. No solamente la nunciatura imperial, sino también las de Venecia y Florencia, estaban vacantes al fin del pontificado de Paulo IV. Sólo funcionaban con regularidad las nunciaturas de Francia, Nápoles, Portugal y Polonia.

(6) V. Segmüller, 29; cf. también Herre, 18. Muratori sólo hizo resaltar los lados oscuros de Paulo IV y no le hizo justicia, como lo expuso J. Catalani en la Prefazione al tomo X de los *Annali d'Italia*, Luca, 1764, xxx vi.

sin rebozo, como en otro tiempo Adriano VI, anunció las máximas de una reforma en la cabeza y en los miembros; y más decisivamente que Paulo III y Julio III, trabajó por introducirla en realidad. El rompimiento con la tradición de nombrar los cardenales según la voluntad de los príncipes, el llamamiento de excelentes varones al senado de la Iglesia, la lucha sin contemplación contra la simonía en todas sus formas, la supresión de las encomiendas, de los regresos y cargos venales; la reforma de los monasterios, de la Dataría y Penitenciaría, y finalmente, como coronamiento del todo, la introducción de la obligación de residencia para los obispos, todo esto son grandes y perdurables méritos de Paulo IV. La energía que demostró en la caída de sus parientes, puso fin por largo tiempo al desmesurado nepotismo, y fué un hecho reformador de grandísima importancia (1).

Aunque el proceder inmoderadamente violento de Paulo IV provocaba en muchos temor y odio, sin embargo, su vida, por otra parte piadosa y ejemplar, excitaba frecuentemente admiración. Un anciano, «que se presentaba como soberano nato, enteramente penetrado de la alteza de su cargo, que no se dejaba agobiar ni por la carga de sus ochenta años, ni por la desgracia, y de un modo tan intrépido persistía constante en lo que tenía por justo, frente a los más poderosos príncipes», tenía que causar profunda impresión en los contemporáneos (2). Nada menos que el historiador Panvinio, en manera alguna afecto al Papa Carafa, ha expresado que Paulo IV fué el primero en restablecer y consolidar la disciplina eclesiástica, y que a él hay que reducir el origen de muchos de los decretos posteriores tan saludables del concilio de Trento (3). Guillermo Sirleto conviene en esto con él enteramente (4). Contemporáneos bien informados, como Julio Pogiano,

(1) V. el juicio del cardenal A. Carafa en su *Apología (*Biblioteca de Nápoles*; cf. los núms. 61-62 del apéndice) y Ancel, *Disgrâce*, 183.

(2) V. Müller, *Conclave de Pío IV*, 9.

(3) Sobre Panvinio, Vita cf. los núms. 61-62 del apéndice. Sobre el respectivo pasaje ha llamado ya la atención Bromato (II, 504, nota). Ranke (I, 199), Reumont (III, 2, 529), Beaufort (*Hist. des Papes*, IV, Tournay, 1841, 201) y Mathieu (*Pouvoir temp. des Papes*, París, 1863, 504) se han adherido al juicio de Panvinio. También Benrath (*Anuario de Teología protestante*, 1878, 123, 143) califica a Paulo IV como un «notable espíritu, un Papa dotado de eminentes cualidades», que se apoderó de los elementos y los disciplinó para una reacción decisiva en el terreno eclesiástico.

(4) V. Silos, I, 393; cf. 232.

apenas pueden hallar bastantes palabras para poner de realce la mudanza que los trabajos reformatorios de Paulo IV habían obrado, especialmente en Roma. El embajador veneciano juzgaba que la ciudad había quedado transformada en un observante monasterio (1). Lo que el noble último Papa alemán, Adriano VI, había intentado inútilmente, el romper con las malas tendencias del Renacimiento, lo consiguió el ardoroso napolitano.

Hay que representarse las perversas condiciones de los tiempos de Alejandro VI y León X, para poder apreciar de un modo cabal el mérito de Paulo IV. La supresión de abusos tan antiguos, tan profundamente arraigados y tan generalmente extendidos, sólo era posible por un proceder violento, que llevase en sí todas las durezas de una represión inexorable. Pero para eso Paulo IV fué el hombre adecuado. Su alma de fuego, que se inflamaba en viva ira si se encontraba con un abuso de las cosas sagradas, nunca le parecía haber hecho lo bastante para cauterizar con hierro candente las heridas que unos tiempos desgraciados habían producido a la Iglesia. La reforma y preponderancia de los principios de severidad eclesiástica, introducidas por Paulo III, las continuó tan enérgicamente el Papa Carafa y las llevó a la práctica con tal rigor, que los Papas posteriores del tiempo de la restauración pudieron seguir edificando con buen suceso sobre este sólidamente asentado fundamento.

(1) V. Mocénigo-Albèri, 48, y Cantú, II, 27; cf. arriba, p. 206 ss. Esta transformación se deja ver también en las medallas, en las cuales las representaciones mitológicas son sustituidas enteramente por cristianas; v. Müntz, III, 119.

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

1. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (1)

Roma, 4 de abril de 1555.

... Perchè invero da S^{ta} Croce infuori i Franzesi non hanno subbietto da potere riuscire loro, se già Dio non volessi rovinare interamente questa S^{ta} Sede, et se bene dalla banda Imp^{le} et di casa Monte ci è poca unione, nei Franzesi, non vi è anco molta. Et questo modo di procedere che si è tenuto fino a hora di non eccettuare particolarmente persona nè insistere in uno più che in un altro, come si fece nel conclavi passato, ma dire che si faccia un huomo da bene, che sia il servizio di Dio et se ne possa sperare la quiete universale, è piaciuto molto a ciascuno et credo sia stato meglio. Staremo a vedere il fine, il qual piaccia a Dio che sia conforme al desiderio dell' E. V. et stia sicura che da me non si è fatto nè farà instantia particolare nè in prò nè in contro, se non tanto quanto mi ordinerà l' E. V., giudicando che il procedere in questo negotio per questa via sia più honesto et migliore...

Orig. *Archivo público de Florencia.*

2. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (2)

Roma, 6 de abril de 1555.

... Il cardinal S^{ta} Croce è stato molto riservato et si è governato con modestia infinita, non si sendo mai potuto scorgere nelle parole sue altro che desiderio di vedere un buon papa in questa S^{ta} Sede, il qual

(1) Cf. arriba pág. 11.

(2) Cf. arriba pág. 12. Petrucelli, II, 74 s.